

René Girard: la impotencia política de un pensador apocalíptico

Domingo González Hernández

Achever Clausewitz, la última gran obra de René Girard¹, es el fruto más reciente de la ambición interdisciplinaria del creador de la teoría mimética, que desembarca en la arena política convencido de que las leyes y teorías de lo político pueden subsumirse en la gran legalidad universal e intemporal de la antropología mimética. Para acometer el empeño, Girard nos ofrece en esta larga entrevista una relectura de la obra de Carl Von Clausewitz, el gran estratega militar contemporáneo de Napoleón, que quiso hacer de la guerra, según se dice, “la continuación de la política por otros medios”. Una sentencia que ha hecho correr ríos de tinta y que Girard interpreta a su manera, con el particular acento apocalíptico que colorea el último giro de una obra que comenzó en el terreno de la crítica literaria hace ya cincuenta años. En efecto, desde la publicación en 1962 de “*Mentira Romántica y verdad novelesca*”, la teoría mimética no ha dejado de ensanchar su horizonte de análisis teórico, infiltrándose en el ámbito de la antropología cultural y posteriormente en el conjunto de las llamadas ciencias humanas. Esta acusada evolución epistemológica es la consecuencia natural de una teoría antropológica omnicomprendensiva y totalizadora, que despliega su desarrollo a partir de la “hipótesis fecunda” del deseo mimético. “*Achever Clausewitz*” significa, pues, no sólo reconocer en qué medida el trabajo de este general prusiano fue premonitorio, sino empujar su razonamiento hasta el límite apocalíptico de sus posibilidades, una frontera que, según Girard, Clausewitz no quiso (ni pudo) vislumbrar a causa de la música racionalista de su

¹ R. GIRARD. (2010). *Clausewitz en los extremos. Política, Guerra y Apocalipsis*. Madrid: Katz. Traducción del libro original en francés *Achever Clausewitz*. (2007). París: Carnets Nord.

época. Lógico, nos dice Girard, pues se trata de una frontera en la que sólo la brújula de la Revelación nos ofrece una orientación adecuada. “Achever Clausewitz” es imprimir, por tanto, un sentido religioso a la reflexión humana sobre la violencia, un sentido que sólo puede encontrar su verdadera dimensión en los textos apocalípticos en los que se describe lo que empezamos a vivir en nuestros días, nosotros que sabemos ya que somos la primera civilización susceptible de autodestruirse de manera absoluta y desaparecer.

El reto de la construcción de una teoría política deudora de los principios del mecanismo mimético sitúa a la obra girardiana ante uno de sus desafíos más imponentes. Pero también ante sus debilidades y tentaciones más recurrentes. La lectura girardiana del texto clausewitziano termina derivando en absorción del hecho político y de su teoría en el océano de la violencia y lo sagrado. En vez de proponer en esta obra las líneas maestras de una eventual teoría mimética de lo político, Girard clausura definitivamente la era de lo político vendiéndonos el arsenal de una obra de demolición. Es una lástima, pues el pensamiento de Girard contiene los mejores argumentos antropológicos para desarrollar lo que el gran pensador político francés de ascendencia schmittiana, Julien Freund, llamó la “esencia de lo político”: la sociabilidad (por la afirmación del mimetismo, sólido fundamento de la natural condición relacional del hombre) y el conflicto (por la afirmación de la ineludible y ontológica rivalidad que acompaña a lo humano, y que, en Girard, culmina en el chivo expiatorio, piedra angular de la unanimidad sobre la que se construye el orden social y político). Sin embargo, la política no es lo mismo que la guerra, aunque otra cosa sugiera una lectura superficial de la intuición clausewitziana. Tampoco la violencia es equivalente al poder, como supo observar magistralmente Hannah Arendt, sino que es el fracaso del poder lo que degenera en violencia. La política “contiene” la violencia, sí, pero en los dos sentidos del verbo contener, en el de encerrar dentro de sí una cosa, y en el de sujetar el impulso de un cuerpo reprimiendo su tendencia innata. Girard sólo parece asumir el primero de estos sentidos y, sin ignorar el segundo, parece estar convencido de su incapacidad para seguir desarrollando sus efectos en el mundo actual. En efecto, Girard parece situar en el periodo de la Guerra Fría y la disuasión nuclear el último momento en el que la política conservaba todavía un sentido, es decir, una capacidad para contener una violencia cada vez mayor (nacional, política, étnica, cultural, ideológica y militar). Desde entonces, para Girard, la política ha sido superada, y la ciencia política ya no será de ninguna utilidad,

pues la escalada de la violencia (“la montée aux extrêmes” clausewitziana) habrá derribado los últimos diques políticos de contención de la marea de la reciprocidad violenta, hoy planetaria. Nuestro último Girard, poseído por el fervor escatológico, desaprovecha en este trabajo sus admirables intuiciones sobre la doctrina pauliana del *Katechon*, barrera histórica permanente que se opone a la amenaza satánica de la violencia social disolvente.

Lo político se sitúa, en la Era cristiana, precisamente en ese incómodo lugar intermedio, entre Escila y Caribdis, esos dos monstruos marinos de la mitología griega situados en orillas opuestas de un estrecho canal de agua, tan cerca que los marineros intentando evitar a Caribdis pasarían muy cerca de Escila y viceversa. Como supo resumir magistralmente Octavio Paz, la política limita a un lado con la filosofía y al otro con la guerra. Este lugar de la política delata la paciencia mesiánica del “todavía no” frente a la Parusía, tensión escatológica visible de un orden político que se opone con esa misma gracia sobrenatural, en la que convergen las fuerzas de lo sagrado arcaico y del Reino de Dios, a las fuerzas de la suprema decadencia, visión profética que tanto nutrió los escritos teológico-políticos de nuestro Donoso Cortés y de su exégeta Carl Schmitt. Este es precisamente el fundamento ontológico en el que descansa la “autonomía de lo político”, que Girard tiende a ignorar como consecuencia de su querencia e impaciencia apocalípticas por dibujar un maniqueísmo irreversible entre el Amor y la Violencia, entre el Logos Heraclíteano y el Logos Juánico, entre el Reino de Dios y las fuerzas renovadas, hoy bajo ropajes cristianos, del Adversario. Cabría considerar, sin embargo, las poderosas razones que, claramente conectadas con una proto-antropología mimética, pudieran avalar la decidida posición impolítica y antipolítica de Girard. Empezando por el “crecimiento natural del Poder” (Jouvenel), una consecuencia del vaso comunicante que alimenta la dinámica totalitaria del Estado con el crecimiento moderno de la violencia indiferenciadora, y que el mismo Donoso Cortés describió con su célebre ley de los termómetros invertidos en el Discurso de la Dictadura de 1848. Y este aparato del Estado Minotauro, que ha crecido con una lógica análoga a la de la reciprocidad mimética y violenta (tanto como consecuencia de las guerras como de las luchas por el prestigio de sus modelos sociales del bienestar), se vuelve cada vez más impotente para resolver las mismas problemáticas sociales de las que se nutre para justificar la legitimidad de su presencia. Es la famosa “ilusión política” sobre la que escribió Jacques Ellul. La ilusión de pensar que el hombre domina los engranajes políticos del Es-

tado, cuando son ellos los que lo dominan a él. La ilusión, también, de creer que cualquier problema humano o social puede ser resuelto, o neutralizado, gracias a la salvífica mediación de la política. Estas ilusiones, ciertamente, revelan cada vez más su íntima naturaleza y empiezan a expresarse (frente al apoyo institucional e ideológico que ofrece cobertura mediática a la ilusión política) en un lúcido escepticismo político que ha sido siempre, por cierto, de profunda raíz cristiana, y que Girard termina de apuntalar con la proclamación de la inminencia apocalíptica. Proclamación que debe acompañarse naturalmente del anuncio del fin de la política. Un anuncio que no es nuevo pues recuerda, aunque coloreado con un acento pesimista, a las filosofías progresistas de la Historia que, como bien es sabido, alimentaban sus metarrelatos con una lectura secularizada de la misma tensión mesiánico-apocalíptica con la que Girard construye el suyo. Pero si la política disuelve su esencia en un fin utópico-escatológico cae en la órbita de influencia de las ideologías, la forma más perversa y destructiva de “impolítica”, fórmula de predilección de Julien Freund con la que este pensador solitario designaba la falsa y mortífera creencia de que los fines de lo político pueden ser determinados por categorías que le son completamente extrañas, ya sean económicas (como por ejemplo, en el marxismo), estéticas, morales o religiosas. Impolítica es también la idea de que la política tiene por misión realizar cualquier fin supremo de la Humanidad (como le sucede a las modernas filosofías de la Historia), ya sea la felicidad, la libertad, la igualdad, la justicia o la paz universal, desatendiendo así la finalidad específica y concreta que se deriva de la esencia de lo político, y que no es otra que cuidar de la supervivencia y estabilidad de una comunidad política ontológicamente amenazada por el conflicto.

Achever Clausewitz ha abierto un debate en el seno de los intérpretes de la Teoría mimética. Por su propia naturaleza, la antropología mimética estaba llamada a desarrollar sus implicaciones en el campo de las ciencias humanas y sociales. Sin embargo, la apertura envolvente de su mirada cuestiona gravemente la legitimidad de los distintos saberes regionales, destinados irremisiblemente a desaparecer bajo la influencia poderosa de una antropología totalizadora. Esta controvertida cuestión se presenta de modo privilegiado en el seno del desarrollo político de la teoría mimética, que hoy ocupa una gran parte de las disputas girardianas. No es de extrañar que pensadores políticos como Pierre Manent y Alain de Benoist censuren el extremismo impolítico de Girard. En cualquier caso, la cuestión pare-

ce prometer un largo desarrollo antes de ser clausurada definitivamente. Los últimos trabajos de Jean Michel Oughourlian (*Psychopolitique*), o de Paul Dumouchel (*Le sacrifice inutile*), parecen anunciar la fertilidad de un terreno, el de la teoría mimética de lo político, particularmente prometedora, como parece demostrar también la publicación en este año 2013 de un dossier especial de la revista francesa de pensamiento político *Cités* con el tema “*Girard Politique*”. Sin embargo, no parece que esta profusión de estudios políticos inspirados en la teoría mimética vaya, por el momento, a fijar una ortodoxia política del pensamiento de Girard. El propio fundador de la teoría mimética, que se congratula de su imparable dinamismo teórico en éste como en otros terrenos, parece rechazar cualquier versión canónica de su pensamiento en sus desarrollos parciales, fruto de su diálogo con los distintos saberes regionales. Construir una teoría mimética de lo político es una tarea con la que Girard anima a sus discípulos sin ninguna atadura ni apriorismo. *Achever Clausewitz* no es, en este sentido, una obra definitiva sino un llamamiento decidido a avanzar en el campo de la filosofía política con la brújula de la antropología mimética. Con él o contra él, Girard nos reta a “Achever Girard”.

Domingo González Hernández
Universidad San Pablo CEU
dgonzalez@ceu.es